

mómetro cultural para las dinámicas culturales del México actual.

*Ignacio Sánchez-Prado*  
University of Pittsburgh

**Daniel Castillo y Borka Sattler** (editores). *Perú en su cultura*. Ottawa: Perú y Universidad de Ottawa, Diciembre 2002. 239 páginas.

A partir de sus capitales estudios sobre la literatura peruana, Antonio Cornejo Polar propuso el provecho de la noción de heterogeneidad para comprender la realidad de países como los nuestros: "sociedades internamente heterogéneas, multinacionales incluso dentro de los límites de cada país". Esta categoría, o alguna de sus variantes en los estudios culturales de las últimas décadas (hibridismo, transculturación, por ejemplo), impiden, sin duda, a cualquier acercamiento que busque ser serio y riguroso, caer en simplificaciones, deformaciones interesadas o ingenuidades a la hora de observar el tantas veces mencionado "patrimonio cultural" de un país como el Perú. La cultura peruana no puede reducirse a un aspecto, una vertiente o una voz dentro del múltiple y contradictorio espectro que construye. Y las culturas que componen ese todo son parte, pues, de un tramado de encuentros y desencuentros, de ásperos diálogos frustrados a veces, muchas, o dolorosamente fructíferos, otras. Tramado hecho a punto de imposiciones, pero afortunadamente también de luchas por conseguir un espacio válido en el universo de esa hipotética nación que somos o quisiéramos ser.

Estos aspectos centrales de nuestra compleja diversidad son, sin duda, posibles de rastrear en los varios ensayos del volumen *Perú en su cultura*. Los vemos, por ejemplo, en las inflexiones de la música popular de la colonia, en los casos de la chacona y la zarabanda, bailes urbanos originados en el Perú colonial, que "llegaron a pervivir en la música popular

de la vieja Europa, pero también se establecieron en el repertorio escrito de la música culta, cortesana y urbana de las elites y de la clase media europea" (229), como estudia en su ensayo sobre el tema Louise Stein. Los encontramos en la revisión que, también para tiempos coloniales, hace José Antonio Mazzotti sobre las estrategias de selectiva lectura y apropiación de elementos de la cultura indígena y de los textos del inca Garcilaso, operadas por la elite criolla -a partir del caso específico de Pedro Peralta y Barnuevo- para construir, ya a inicios del siglo XVIII, una imagen de nación que "prefigura la peculiaridad del posterior estado criollo" (57). Las evidencias de un país múltiple y del tramado de sus distintas voces en juego son identificables, a su vez, en la revisión de continuidades y fracturas que atraviesa la plástica peruana desde los tiempos prehispánicos hasta la actualidad, como muestra panorámicamente Borka Sattler en su artículo "La pintura en el Perú".

Pero es al acercarse a los tiempos que vivimos (aunque una y otra vez se nos recuerda, con toda razón, que existen varias temporalidades simultáneas en un mismo espacio geográfico) donde encontramos más explícitas muestras de las múltiples líneas y trazos que se entrecruzan en nuestro conglomerado cultural. Con relación a uno de los momentos más desagarrados de nuestra historia reciente, el de la guerra interna de los 80, José Antonio Mazzotti, en otro artículo, hace un recorrido por el proceso de la poesía, a partir de cuatro voces fundamentales de ese momento: Mendizábal, Chirinos, De Ramos y Santiváñez. Aunque es en los dos últimos (que Mazzotti reconoce como actores principales de una de las dos líneas fundamentales de la poesía de los 80: la de "la radicalización del coloquialismo mediante la adaptación de una vanguardia experimental en las formas y más afín a la ruptura de la linealidad sintáctica y semántica del poema", 112), donde son más notorias la incorporación de sujetos subalternos que expresan su

mirada de “espanto hacia un país que ya ha dejado la inocencia” (129) o la recreación “en el texto un gesto social que traduce un estado de comportamientos orientados sobre todo a una supervivencia basada en la violencia y la agresión” (150), que muestran, así, algunas versiones de la conflictividad y los choques del desarticulado y caótico Perú contemporáneo, también las obras de Mendizábal y Chirinos (que representan en los 80 la tendencia de “la continuidad y transformación del legado narrativo-conversacional”) permiten importantes indagaciones sobre la conflictiva heterogeneidad peruana. Sobre Mendizábal, poeta piurano en cuyos textos la referencia a la infancia provinciana es constante, apunta Mazzotti: “las problematizaciones entre el aquí y el allá, entre el ahora y el antes no sufren los embates de la diglosia cultural y lingüística que enfrentan los migrantes propiamente andinos” (117), y sobre Chirinos, señala que “representa el triunfo de la tradición criolla y letrada, en el mejor sentido del término, que contrasta con las exploraciones desde adentro que otros sujetos poéticos emprenden de imaginarios distintos y conflictivamente occidentales, aunque se ubiquen también dentro del ámbito urbano” (126).

La multiplicidad de voces en conflicto del retablo cultural peruano se observan también en el surgimiento, en nuestra literatura, de discursos claramente marcados por el género femenino, cuya perspectiva distinta enfrenta, en más de un sentido, la tan acomodada mirada patriarcal y masculina en nuestra tradición, como se aprecia en el ensayo de Fernando de Diego Pérez, que revisa el caso de la poesía de Cecilia Bustamante, y el de Lady Rojas-Trempe, que se aproxima al llamado *boom* de escritoras de la década de los 80 y, específicamente, a la poesía de Rocío Silva Santisteban, sobre cuyo sujeto poético en el poema “Venus” anota que “crítica de paso toda una poética romántica misógina en la que Venus como musa de la creación simbolizaba la armonía de las formas femeni-

nas y los amores transparentes” (180).

Esta característica del libro de ofrecer un rastreo de las conflictividades existentes en el mapa cultural peruano, siendo una de sus virtudes mayores como conjunto, más allá de los evidentes méritos de cada uno de los ensayos que lo integran, no ha sido, quizás, propósito de los editores. O quizás sí. Sea cual fuere el caso, queda evidenciada su sensibilidad y lucidez, intuitiva y racional, para que en la elección de los trabajos que aparecerían en el volumen no dejara de estar presente este aspecto fundamental. Pero es evidente, también, que tanto los ensayos que he comentado como los que todavía no menciono discurren por otras vías paralelas y ofrecen varias otras lecturas de interés. El tema de la heterogeneidad conflictiva no agota, de ningún modo, los alcances de lo ofrecido por *Perú en su cultura*. Un caso claro, con relación a esto, es el del exhaustivo acercamiento a la poética de *Los heraldos negros*, de nuestro poeta mayor, César Vallejo. Pedro Granados, el autor, desarrolla cuidadosamente la búsqueda de integración de la unidad en números mayores: “la unidad nunca está sola; ... la unidad por lo menos son dos: el UNO en el Otro” (98), anota para explicar la “Poética de la inclusión” que reconoce en el libro inicial del poeta. Con relación a Vallejo escribe también Roland Forgues un ensayo en el que propone como claves de la utopía social en su poesía, la solidaridad, la necesidad de la recuperación de lazos armoniosos entre el hombre y el cosmos y la urgencia del amor universal, pero todo esto visto desde una perspectiva integradora; “una utopía que reúne —como anota Forgues— lo material y lo espiritual a través de la lucha revolucionaria. ... Una utopía que considere al hombre en su totalidad y no en la fragmentación de la materia y del espíritu, del cuerpo y del alma, impuesta por la religión cristiana y la moderna sociedad burguesa” (104).

Por su parte, el trabajo de Paolo de Lima sobre la crítica de la poesía

de Rodolfo Hinostroza tiene la virtud —además de registrar tendencias, preocupaciones o puntos de partida distinto en los predios del comentario y el análisis de textos— de entregarnos una primera imagen bastante completa de los ejes que articulan la obra de este poeta: por un lado, la mirada lúcida y desencantada sobre los procesos y el devenir de la historia contemporánea de Occidente (que se evidencia al reconocer los escenarios centrales de sus dos libros fundamentales: la Cuba revolucionaria en el momento en que enfrenta la amenaza de una invasión, en *Consejero del lobo*, y el mayo parisino del 68, en *Contra natura*); una mirada, pues, que lleva a su sujeto poético a criticar radicalmente la Historia para optar por la Utopía. Y por otro lado, la factura experimental e innovadora de un poeta que, con toda justicia, ha sido, incluso ya para sus contemporáneos, no tanto un modelo a seguir, sino un estímulo, por todas las puertas que abre, en cuanto al desafío que para todo poeta supone el oficio de la escritura. Sobre el terreno de la crítica también discurre uno de los dos ensayos de Daniel Castillo que aparecen en el libro. Él señala que los ensayos literarios de Mario Vargas Llosa “abogan por una crítica que no desdén ni los placeres del lector ni las obsesiones del autor en su empeño por dar sentido al conflicto de los signos en un mundo cada vez más caótico” (192).

Junto a las anteriores, otra de las virtudes de *Perú en su cultura* es no limitar su preocupación, dentro de nuestra tradición literaria (que es el ámbito de la cultura peruana privilegiado claramente por este volumen), a solamente algunos escritores consagrados y reconocidos internacionalmente, sino ensayar acercamientos profundos y rigurosos a otros autores que son parte indiscutible de nuestra riqueza cultural. Esto es doblemente importante si consideramos que el público primero de este libro no es peruano, sino canadiense, y que el propósito es entregar una imagen —múltiple y compleja— de algunos componentes de

nuestro tramado cultural.

Por supuesto hay más por decir acerca del libro. Pero solo quiero apuntar, finalmente, otro acierto de los editores, al acompañar las aproximaciones que he reseñado de dos oportunos marcos que ubican nuestros procesos culturales en las dinámicas de la globalización en curso y en los procesos de poder en juego en el mundo Occidental contemporáneo. Eso es, precisamente, lo que ofrecen la sugerente y oscura metáfora del vertedero que propone Daniel Castillo en el ensayo que abre *Perú en su cultura*, y la apuesta de Fernando de Toro, en el segundo texto del libro, por las posibilidades que ofrece, en la posmodernidad, el quiebre de las identidades tradicionales y el reconocimiento del valor de aquellas que surgen a partir de los múltiples desplazamientos que, hoy por hoy, constituyen el nuevo rostro del mundo.

Luis Fernando Chueca  
Pontificia U. Católica del Perú

**Karl Kohut y José Morales Saravia (editores). *La literatura chilena hoy: La difícil transición*. Frankfurt-Main-Madrid: Ed. Ver-vuert, 2002. 500 páginas.**

La introducción a las actas *La literatura chilena hoy: La difícil transición* firmada por el profesor Karl Kohut revela la diversidad de problemáticas por las que atraviesa la cultura chilena luego del término de la dictadura militar: ¿Cómo ordenar el vasto corpus chileno?, ¿cuándo y en qué circunstancias culmina el post golpe?, o ¿es que el corte arbitrario que gira en torno a 1973 da comienzo al desarrollo de una cultura parapetada tras el denominado “apagón cultural”? —enunciado, éste, paradójico y revelador de una riqueza inusitada.

Dentro o fuera de las fronteras nacionales y más aún dentro o fuera del canon, se debaten en el texto una serie de problemáticas en donde ciertos significantes como “dictadura”,